



CEU
Biblioteca

Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de docencia e investigación de acuerdo con el art. 37 de la Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 de Julio del 2006.

Trabajo realizado por: CEU Biblioteca

Todos los derechos de propiedad industrial e intelectual de los contenidos pertenecen al CEU o en su caso, a terceras personas.



El usuario puede visualizar, imprimir, copiarlos y almacenarlos en el disco duro de su ordenador o en cualquier otro soporte físico, siempre y cuando sea, única y exclusivamente para uso personal y privado, quedando, por tanto, terminantemente prohibida su utilización con fines comerciales, su distribución, así como su modificación o alteración.



INTRODUCCIÓN

La raza de los humanistas es exigua en ejemplares. No son muchos los que surgen cada siglo, porque a la fértil memoria e inteligencia superior hay que unir una curiosidad universal, cultivo de las letras clásicas, interés por el hombre integral y una elevada capacidad de trabajo para que tales dones se plasmen en obras de ingenio, tanto creativas como eruditas. En una época como la nuestra, cuando tantos miles de personas se hallan consagradas al estudio y al magisterio, son contados los individuos a los que puede aplicarse con propiedad el título de humanistas.

¿Qué no ocurriría en la pasada centuria, no precisamente volcada en atender tales necesidades del espíritu y en valorar la dedicación imprescindible para su ejercicio? Ello obliga a señalar con mayor énfasis el hallazgo de tales especímenes, que aportan una luz esplendorosa, no sólo a las ciencias del intelecto, sino a la más difícil disciplina del comportamiento humano.

A Marcelino Menéndez Pelayo y José María Quadrado vamos a referirnos aquí y el calificativo de humanistas es el que mejor les cuadra. Dos hombres íntegros, que mantuvieron a lo largo de su dilatada existencia una actitud de dignidad personal y un cultivo de la inteligencia que los situó por encima de la mayoría de sus contemporáneos. Ambos son precoces; entregados con ardor a las letras; trabajadores y sufridos; defensores de las ideas que consideran justas; enamorados de su tierra y poco amigos de los devaneos sentimentales; infatigables en la investigación y de pluma fácil para divulgar cuanto llegaron a conocer; más inclinados a la erudición, pero intentando apresar el numen poético que les fue esquivo; amantes de la cultura griega y latina, sin ignorar lo que en Europa

acaecía en este terreno; respetados por amigos y enemigos, a los que procuraban su ayuda y no se ensañaban en los ataques personales, aunque también supieron ser beligerantes y polemistas frente al acoso; de ideas conservadoras y de elevados sentimientos religiosos; interesados por temas y ciencias muy diversas y, por encima de todo, personas de vida recta y con una idea noble sobre el mejoramiento de los ciudadanos a los que podía llegar su influencia.

Naturalmente hay diferencias entre ellos: la edad, en primer lugar (Quadrado le lleva treinta y siete años); la capacidad intelectual (portentosa la de Menéndez Pelayo); la mayor dedicación al periodismo y a la historia en el menorquín frente a la entrega a los estudios literarios en el de Santander; la más elevada proyección pública de Menéndez Pelayo, aunque fuera por el voluntario retiro de Quadrado, tras su época madrileña, en la que dicen si rechazó un ministerio...

Es, pues, mucho lo que les une en comparación con lo poco que les separa. Estaban condenados a estimarse y a admirarse mutuamente, porque una de las primeras notas distintivas del auténtico intelectual es apreciar la sabiduría allí donde se encuentra. Y ambos eran verdaderamente sabios... de aquellos de otros tiempos cuyas vidas, en alas de la leyenda, nos han llegado adornadas de una integridad y honestidad a toda prueba.

José María Quadrado cumplirá, al día siguiente de escribir la primera carta que aquí se recoge (13 de junio de 1882), los sesenta y tres años y Marcelino Menéndez Pelayo aún no ha llegado a los veintiseis. La diferencia de edad es evidente. Sin embargo, el santanderino se había convertido, no ya en promesa de las letras españolas, sino en realidad deslumbradora. Cuando no había cumplido los veinte años, Amós de Escalante escribió de él que había logrado «acreditarse de sabio no habiéndose aún despedido de escolar» y no otra era la verdad: doctor en filosofía y letras a los dieciocho años, catedrático de literatura española en la Universidad Central a los veintidós, académico de la Lengua a los veinticuatro y popularmente conocido por su «Brindis del Retiro» unos meses después. Por aquellas fechas tenía publicadas ya obras fundamentales en su bibliografía, como «La ciencia española» (1876), «Horacio en España» (1877) y la «Historia de los Heterodoxos Españoles» (1880).

De la categoría intelectual de Quadrado todo lo que se diga es poco. Nacido en Ciudadela (Menorca) en 1819, fue trasladado a muy corta edad a la capital del archipiélago por su madre, viuda, y allí se formó con los jesuitas, para descollar desde bien temprano por su afición a la literatura y a la historia. No tenía veinte años cuando preparó los tomos que, con el título de «Frutos de la prensa periódica», verían la luz en Palma. A partir de entonces inicia una frenética actividad como escritor y apologista que sólo encuentra remanso en la preparación de sus obras más sólidas y en la dedicación absorbente al archivo del antiguo Reino de Mallorca.

Se trasladó a Madrid en 1842 para estudiar teología y para trabajar en los periódicos de la capital, varios de ellos de carácter confesional. Hubo un feliz encuentro con el filósofo Jaime Balmes, con el que colaboró en el semanario «El Pensamiento de la Nación». Pero éste se hallaba diseñando un ambicioso proyecto político y para defenderlo fundó el diario «El Conciliador», cuya dirección puso en manos de Quadrado. Pese a todo, no cuajó el empeño balmesiano de superar el enfrentamiento dinástico con la unión matrimonial de los dos representantes de las partes en conflicto (Isabel II y el conde de Montemolín).

Para entonces don José María ya se hallaba desengañado de las vanidades políticas y sociales que podía depararle la Corte y optó por volver a su querida Mallorca, en cuyo retiro seguiría laborando por los ideales que siempre le movieron, al tiempo que le proporcionaría la suficiente tranquilidad para abordar trabajos históricos y literarios que se demostraron de envergadura. Así, los volúmenes que le encomiendan para la serie de «Recuerdos y bellezas de España» y que se refieren a la región aragonesa (publicado en su época madrileña); Castilla la Nueva; Asturias y León; Valladolid, Palencia y Zamora; Salamanca, Avila y Segovia; para concluir en los años de madurez con la monumental revisión que supuso la obra «Islas Baleares».

El puesto que ocupa en el archivo le incita a divulgar documentos y recreaciones del pasado insular que constituyen notables aportaciones a su conocimiento. Tal es el caso del ensayo «Forenses y ciudadanos», sobre las disensiones civiles de Mallorca en el siglo XV; la «Historia de la conquista de Mallorca», con las crónicas iné-

ditas de Marsilio y Desclot; o los «Privilegios y franquicias de Mallorca», con todo el cúmulo de cédulas, órdenes y pragmáticas reales que hacen referencia a esta tierra. De carácter general y de mayor vuelo es la síntesis que traza en su «Discurso sobre la Historia Universal», continuando la obra iniciada por Bossuet en Francia.

La parte estrictamente literaria de su producción se encuentra desperdigada en varias publicaciones, sobre todo en «La Palma» (1840-41). Allí se imprimieron los mejores artículos que dedicó al análisis de autores y corrientes, que anticipan movimientos tan importantes como el romanticismo y apoyan el resurgir literario de Mallorca. Quadrado también cultivó la poesía y fue un apasionado del teatro, aunque a excepción de una breve representación dramática sobre «Los pastores de Belén», ninguno de sus textos pudo subir a un escenario y ni siquiera fueron editados.

En el plano religioso -tan unido a su actividad como escritor, que no cejaría de divulgar de esta manera los principios que le animan en su militancia católica- destacan tanto los libros piadosos como los de vehemente beligerancia frente a un poder político nada dispuesto en ocasiones a conceder primacía a las ideas confesionales o a la autoridad jerárquica. De ahí surge «El voto de las Baleares a favor de la Unidad Católica», cuando a su juicio ésta parecía peligrar. Pero no eran solamente libros lo que producía su pluma, puesto que avezado desde bien joven al trabajo en los medios periodísticos y sabedor de su influencia en la formación de la opinión pública, dedicó enormes energías a exponer de esta manera su pensamiento: periódicos de Madrid y Barcelona, así como la colección entera de «La Fe» (1844) o «La Unidad Católica» (1869-1873) guardan en sus páginas la huella indeleble de su personalidad y creencias.

Cuando se produce el encuentro con Menéndez Pelayo, Quadrado ha superado ese estadio en la vida de los hombres en que las apetencias materiales superan a las muestras de ingenio y de erudición. Por el contrario, la mayor parte de su obra ha sido publicada ya, aunque persista en la investigación y en la presencia activa entre los conciudadanos, siempre que las circunstancias lo demanden. A estas alturas de su vida, se halla muy preocupado por realizar una labor efectiva, aunque no desdeña el que sus libros tengan

la resonancia que cree merecer, y se muestra tan deseoso de trabajar en misiones apostólicas como de entregarse a la redacción de las grandes obras a que sus conocimientos podrían dar lugar. A pesar de todo, desde su retiro palmesano o en sus desplazamientos a la península, se encuentra muy presente en la vida intelectual y periodística española.

Hace tiempo que, sin tratarse personalmente, ambos eruditos se siguen en la distancia. En la carta de presentación, Quadrado confiesa que, «no desde uno ni dos años, sino desde más de seis», tiene fija su admiración en las obras que han surgido del telar de Menéndez Pelayo. Lo que significa que ha sido lector y seguidor suyo desde los primeros trabajos que éste publicara en su impetuosa y extrema juventud. No podía ser de otra manera, dada la vehemencia de que, ya en un primer momento, hizo gala el santanderino y la curiosidad y coincidencias que observara el de Ciudadela.

Aunque Quadrado trabajase sosegadamente en Mallorca, con breves escapadas a la península, no dejaba de atisbar cuanto de sobresaliente aparecía en la prensa confesional y conservadora. Y sin duda, porque no podía ser de otra manera, le había llamado la atención el fervor, la erudición y la combatividad de un joven santanderino que tenía sorprendidos y confusos a sus maestros y adversarios. Antes de que éste cumpliera los veinte años su fama había llegado al cuarto de trabajo de un estudioso como Quadrado: sus primeros ensayos le han obligado a seguir con atención y agrado un astro ascendente que, cada año que pasa, cada obra que publica, le hacen brillar más en el firmamento intelectual español.

Por otra parte, a un lector voraz como Menéndez Pelayo no podían pasarle por alto las obras de erudición o divulgación que, sin pausa ni descanso, saca a la luz Quadrado. El prestigio de éste en el mundo intelectual se encuentra lo suficientemente consolidado para que le lleguen noticias de sus campañas periodísticas y trabajos de investigación (por citar un solo título, de los «Recuerdos y bellezas de España» habían aparecido por estas fechas los cinco volúmenes que preparó en solitario, constituyendo un verdadero éxito editorial). ¿Cómo no iba a seguir la trayectoria de Quadrado, si en 1877 ya rastrea las obras de Bover o Taronj, por citar dos mallorquines poco conocidos fuera de su isla?

Pero es que, además, tenían amigos comunes, que pronto les hablarían al uno del otro. Rubió y Lluç, fraternal condiscípulo de Marcelino desde la adolescencia estudiantil en las aulas de la Universidad de Barcelona, sirve de intermediario entre el erudito santanderino y el grupo de intelectuales de Mallorca, agrupados en gran parte alrededor de Quadrado. Nos consta, por ejemplo, que a su través prendió la amistad con Costa y Llobera. Y, por este mismo conducto, le llegaban también noticias de Quadrado:

«Acabo de recibir en este momento -escribe Rubió al de Santander en febrero de 1880- carta de mi amigo Miguel Costa en la que me pide que interceda contigo a fin de que honres con tu firma la nueva publicación de carácter religioso titulada el «Ancora» que verá la luz en las Islas Baleares, dirigida por Quadrado, Aguiló y Maura. Me suplica encarecidamente que les mandes algo o siquiera que les permitas copiar de lo que tienes publicado».

La estrecha relación de estos grupos de amigos radicados en Barcelona y Baleares respecto al de Santander se pone de manifiesto en multitud de ocasiones. Cuando Menéndez Pelayo visita Mallorca (1884) es Quadrado el encargado de avisar a Rubió y Ors de la imposibilidad de aquel de pasar por Barcelona:

«Mucho nos hubiéramos alegrado... sus numerosos admiradores -le escribirá a este respecto «Lo Gayter del Llobregat»-, que nos hubiese V. favorecido con su visita al regreso de su excursión de las Baleares; y como al deseo de ver y de abrazar a V. se añadía la esperanza de que no habían de ser tan apremiantes sus ocupaciones que no permitiesen dedicarnos, siquiera un par de días, fue más grande el sentimiento que tuvimos todos, y yo el primero cuando por la carta de nuestro querido amigo Quadrado, supimos que no le era a V. posible demorar su vuelta a la corte» (4 de mayo de 1884).

Otros mallorquines con los que estableció contacto en Barcelona fueron Mateo Obrador, Mariano Aguiló, Tomás Forteza y, sobre todo, Juan Luis Estelrich, cuyas misivas se cruzan con las suyas a lo largo de toda su vida.

Por lo que se deduce de la primera carta, la persona más interesada en que se anudara una amistad personal entre los dos fue la marquesa viuda de Viluma (cf. carta 1, nota 2). Ambos eruditos debieron acudir, en sus estancias madrileñas, a los aristocráticos y

concurridos salones de su propiedad, pues al final del escrito alude al «estrado de la bondadosa marquesa cuya amistad nos reúne». Lo frecuentaron, pero en épocas distintas: Quadrado en los años de residencia en Madrid, en su época de combativa actividad periodística en la Corte, antes incluso del nacimiento de Marcelino, y en las temporadas que consagraba a preparar algunos volúmenes de sus «Recuerdos y bellezas de España»; Menéndez Pelayo, durante el curso escolar, en los últimos años: «A casa de la vieja marquesa viuda de Viluma -ha escrito su biógrafo Enrique Sánchez Reyes- iba con gran frecuencia atraído por el ambiente de aquella mansión señorial, que, enraizada en la Montaña, constituía para él un sedante en medio de aquel torbellino del vivir madrileño». Y la «bondadosa marquesa» alababa ora los criterios reposados de Quadrado, ora los saberes geniales de Marcelino, con lo que excitaba la mutua curiosidad. (Apreciaba tanto a Marcelino esta dama que, en su testamento, incluyó una cláusula por la que mandaba entregarle quince mil pesetas para libros y le ofrecía la posibilidad de escoger los volúmenes que quisiera de su biblioteca. También su hija, cuando falleció en 1908, le dejó en el testamento todos los libros que quisiera tomar, más trece mil pesetas).

Interés por la figura de Ramón Llull

Coincidencias personales, amigos comunes, empeño de algunos en relacionarlos... Pero hay más: el colosal interés que a lo largo de su vida manifestó Menéndez Pelayo por la figura de Ramón Llull constituía un motivo de atracción suplementaria hacia Mallorca y cuanto de allí venía. No es extraño que Quadrado le tiente instándole desde el principio a conocer la patria de tan extraordinario escritor y misionero.

Efectivamente Ramón Llull fue una personalidad muy estudiada por Menéndez Pelayo, a quien dedica un denso y documentado capítulo en su primer libro sobre los Heterodoxos. Allí reivindica su obra en unas páginas que hicieron descubrir a muchos la grandeza de tal figura, y que comienza de esta manera:

«Pasaron, a Dios gracias, los tiempos de inaudita ligereza científica, en que el nombre del «iluminado doctor» sonaba como nom-

bre de menosprecio... Ya no se tiene a Ramón Llull por un visionario, o a lo sumo por inventor de nuevas fórmulas lógicas, sino por pensador profundo y original, que buscó la unidad de la ciencia y quiso identificar la lógica y la metafísica, fundando una especie de «realismo racional»... El pueblo mallorquín sigue venerándole como a mártir de la fe católica; la iglesia ha aprobado este culto inmemorial, y se han desvanecido casi del todo las antiguas acusaciones contra la ortodoxia luliana».

El deseo de Quadrado de hacerle venir a Mallorca para «seguir la pista» de Llull se cumplió en todos sus términos apenas dos años después: en abril de 1884, Marcelino se desplazaba a Palma con el fin de animar su candidatura al Congreso por el partido conservador que lideraban Antonio Cánovas del Castillo y Alejandro Pidal, ya que se presentaba en la circunscripción mallorquina, juntamente con el conde de Sallent, don Juan Massanet y Ochando y el marqués de Casa Fuerte. «Dos días después de su llegada -apunta Sánchez Reyes-, hizo una excursión medio electorera, medio erudita y artística por la isla. Los otros compañeros eran los encargados de las arengas; él pensaba en Lulio y visitaba su sepulcro y los lugares por donde había andado».

Un solo discurso pronuncia Menéndez Pelayo en toda la campaña electoral y, como no podía ser de otra manera, es un bello panegírico del solitario de Randa (unos meses después fue impreso en Palma de Mallorca). «Voy a recordaros brevemente, y en forma de exposición popular, -comenzará diciendo- lo que deben las ciencias del espíritu al varón más ilustre que ha nacido en vuestras islas».

Y a quienes han atacado el presunto oportunismo catalanista que, según algunos, puso de manifiesto en su discurso de los Juegos Florales de Barcelona en 1888, bueno será recordarles las encendidas loas a la lengua que Muntaner calificó de «lo pus bell catalanesch del mon»:

«Lengua ciertamente grandiosa y magnífica, puesto que no le bastó servir de instrumento a los más ingenuos y pintorescos cronistas de la Edad Media, ni dar carne y vestidura al pensamiento espiritualista de aquel gran metafísico del amor que tanto escudriñó las soledades del alma, ni le bastó siquiera dar leyes al mar y convertir a Barcelona en otra Rodas, sino que tuvo otra gloria

mayor aún y bien malamente olvidada por sus panegiristas, la de haber sido la primera entre todas las lenguas vulgares que sirvió para la especulación filosófica, heredando en esta parte al latín de las escuelas mucho antes que el italiano, mucho años que el castellano y muchísimo antes que el francés. Tenemos en España esta doble gloria que ningún otro de los romances neo-latinos puede disputarnos. En castellano hablaron, por primera vez, las matemáticas y la astronomía, por boca de Alfonso el Sabio. En catalán habló, por primera vez, la filosofía, por boca de Ramón Llull».

El mejor relato de su viaje y de los contactos con Quadrado y otros intelectuales, de su pasión por Llull y los libros (frente a la indiferencia por las motivaciones políticas que le habían llevado a Mallorca), podemos encontrarlo en una carta que, a su regreso de la isla, remitió a su íntimo amigo, más que maestro, Gumersindo La-verde:

«Recibí tus dos muy gratas, una de ellas después de mi vuelta de Mallorca, a donde fui como candidato, y de donde he vuelto complacidísimo, no sólo por la belleza insuperable de la tierra, que recuerda lo que nos imaginamos que son o que fueran las islas griegas, sino por la acogida verdaderamente cariñosa y entusiasta que me hicieron aquellos baleares. Ya sabrás que hice en Palma, a instancias de Quadrado y demás amigos, una lección sobre Raimundo Lulio. Pareció muy bien; la están imprimiendo allí, y en cuanto me manden ejemplares, tendrás uno. He traído de Mallorca muchos libros lulianos raros: más de treinta volúmenes. Entre ellos figuran los diez y seis tomos de las «Contemplaciones» obra la más extensa y quizá la más fundamental del beato Ramón, el «Libro Félix o de las maravillas del orbe» (dos ediciones, una latina y otra castellana), el «Ascenso y descenso del entendimiento», las Obras Menores, los Tratados lógicos, los de Medicina y no sé cuántas cosas más. Además he traído el tomo de los Bolandos relativo a Lulio, las Constituciones de la Universidad Luliana, y las «Disertaciones históricas» del P. Costurer, que es la más extensa e importante de las biografías de Lulio. Además he visto en las Bibliotecas públicas y particulares de allí numerosos códices de obras de Raimundo, algunas inéditas. La devoción luliana crece mucho en aquella isla, y se agita mucho el pensamiento de hacer una edición completa de las obras del gran filósofo, así catalanas como latinas.

En aquella isla, preciosa y afortunada bajo todos los aspectos, hay un movimiento literario muy considerable, enlazado con el de Cataluña, pero con caracteres propios dentro de la unidad catalana. Florecen elegantísimos poetas como Aguiló, Roselló y Forteza, y grandes investigadores históricos como Quadrado, tan notable además como polemista católico» (21 de mayo de 1884).

Y tan sólo tres días después está fechada la contestación de La-verde desde Santiago de Compostela:

«Mi muy querido Marcelino: escuso decirte cuán de veras me asocio a las satisfacciones que has tenido con motivo de tu viaje a Mallorca y cuanto me alegro de que hayas traído de allí tan rico caudal de libros. Ahora puede decirse que has contraído la obligación de escribir uno sobre Raimundo Lulio, el cual, en su día, podrá servir de introducción a las obras completas de aquel filósofo».

Un año antes de la primera carta de Quadrado, la Sociedad Arqueológica Luliana, en escrito de su presidente Enrique de España, nombraba a Menéndez Pelayo socio honorario y le solicitaban una fotografía para su colección de retratos de los socios honorarios. En 1900 el obispo de Mallorca le traslada el nombramiento de vocal de la Junta para el monumento a Ramón Llull.

Resulta sumamente curiosa a este respecto la carta que le hizo llegar a Madrid (junio de 1884) Francisca Allende-Salazar de Cotoner, su anfitriona de Palma en el reciente viaje pseudoelectoral: una mujer de escasos conocimientos -como se pone de manifiesto en la incorrecta grafía del escrito, que corregimos en la transcripción-, pero que había captado la desmedida atracción que ejercía sobre Menéndez Pelayo la figura de Llull. Dice en su coloquial misiva:

«Mi hijo Pepe le entregará a V. un cajón que contiene todos los libros que dejó V. en esta su casa, en donde todos le recordamos mucho. Así es que me atrevo a enviar a V. un objeto curioso, que es unas ramitas de lentisco, y voy a repetir a V. lo que me han contado acerca de este arbusto, que se halla en una hacienda que perteneció al Beato Raimundo Lulio.

Cuenta la tradición que hallándose en oración el Beato a la sombra de este arbusto, que en mallorquín llaman «mata» se le apareció el Señor y le ordenó que escribiese un libro sobre la fe, que daría grandes resultados benéficos para la religión. Inspirado el

santo y no teniendo papel ni avíos para escribir fue haciendo notas en letras árabes, en las hojas del árbol, picándolas con un punzón. Desde entonces las hojas de la mata, a pesar del tiempo transcurrido, nacen con los signos mismos, y es conocido el predio como «la mata escrita». Esta explicación se la hago a V. confiada en su indulgencia y casi, casi en el secreto de la confesión».

Como se ve, el nombre de Lull no resultaba indiferente a Menéndez Pelayo, sino que, al contrario, era un autor que había estudiado a fondo y sobre el que escribe páginas llenas de belleza y de documentación erudita. Curiosamente, cuando Menéndez Pelayo quiere elogiar la obra de Quadrado, en la introducción que puso a sus ensayos, no encuentra mejor comparación que retrotrayéndose a la figura del Beato: «Las Baleares, cuya historia literaria es tan larga y gloriosa, no han producido escritor tan eminente desde los tiempos del iluminado Dr. Ramón Lull».

Tampoco a Quadrado le resultaba indiferente esta figura y a ella consagra varios trabajos que pensaba reunir en un libro, pero al que no logró poner término (Gaspar Sabater cita una «Historia del Bienaventurado Raimundo Lulio, de su culto, obras y doctrina» entre sus originales inéditos que se conservan en la Biblioteca de Menéndez Pelayo en Santander: no la hemos encontrado en nuestras pesquisas, ni la hallamos citada en la relación de los llamados «Papeles de Quadrado». Mossén Antonio María Alcover, que le conoció personalmente, confirma que comenzó a trabajar en una obra sobre Lull, que «desgraciadamente no llegó a terminar», sobre los primeros biógrafos de Ramón Lull había escrito un artículo en «La Unidad Católica» (1870) y sobre los primeros años y conversión del futuro Beato, en el «Museo Balear» (1875). «Recuerdos de Miramar en el sexto centenario de su fundación» es el título de otro ensayo que leyó y publicó con ocasión de tal efemérides (1877).

El mismo debió darse cuenta que no había avanzado mucho en su estudio del Beato cuando omite estas referencias en su plan para la edición de los Ensayos que la muerte vino a interrumpir. Así lo pone de manifiesto Estanislao Aguiló cuando afirma haber notado que en las notas manuscritas que dejó Quadrado falta «...lo que tenía escrito de su proyectada biografía de Ramón Lull, de la que hay publicado un fragmento en La Unidad, tomo II, núm. 70, y otro

en el Museo Balear (año 1875) y aún tal vez haya algo más entre sus papeles inéditos» (1898).

Defensa del archivo y de los monumentos de Baleares

Un tema recurrente en esta correspondencia es la situación material en que se encuentran el Archivo del antiguo Reino de Mallorca y los diferentes monumentos de la ciudad de Palma, que precisan de la acción oficial para su restauración y cuidado. Menéndez Pelayo servirá de intermediario para que las instancias que Quadrado dirige a la Administración no sean consumidas por el polvo de las estanterías, donde hubieran podido dormir el sueño perpetuo. A pesar de tan dinámico y egregio valedor, las demandas no reciben la respuesta anhelada y las comunicaciones se cruzan una y otra vez en respetuosa pero firme petición de soluciones efectivas. Sólo una tenacidad como la del ciudadelano podía mantenerse en pie cuando adversarios políticos y correligionarios se turnan en el poder sin que atiendan los ruegos que les llegan desde una provincia tan lejana como les resulta la de Baleares.

El caso es que Quadrado, a quien casi tanto como historiador se le califica de arqueólogo, desarrolló a lo largo de su vida una constante campaña personal y periodística para que fueran tenidos en cuenta los monumentos de Baleares. Cuando se le encomienda la responsabilidad del archivo del Reino de Mallorca no se limita a custodiarlo con su presencia (quizá como deseaban algunos de sus superiores políticos, para quienes «el encargo de archivero nada tenía que hacer apenas más que custodiar los documentos»), sino que lo estudia, descubre documentos poco conocidos, publica textos inéditos y los utiliza en ensayos históricos cuya vigencia se ha mantenido durante decenios y decenios.

Pero su labor no se detiene ahí, porque la preocupación se extiende al local que lo alberga y a otros muchos edificios públicos y monumentos arquitectónicos (como el claustro de San Francisco en Palma, que tantas veces se citará en esta correspondencia), que precisan de urgente restauración y de una dotación económica para atender a su cuidado. La lucha contra la desidia que corroe los no-

bles restos del pasado consumirá innumerables horas e ingentes energías de la vida de Quadrado.

El 22 de febrero de 1844, a sus veinticuatro años, es nombrado vocal de la Comisión artístico-científica de la provincia que, por una Real Orden, se convierte en Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos unos meses después: a ella estará ligado con diferentes grados nuestro personaje y no se desentenderá sino con la muerte... ¡más de cincuenta años después! Pero es que, además, desempeñó los cargos de Vocal de la Junta de Archivos de la Audiencia Territorial de Baleares (1851), Vocal de la Comisión para formar el catálogo general de las riquezas artísticas e históricas de los edificios públicos de Palma (1861) y Vocal de la Junta para formular las bases del Plano geométrico de Palma (1862).

Sus publicaciones en este campo son más que notables. Sin ánimo de exhaustividad, debemos recoger aquí los opúsculos «Dos palabras sobre demoliciones y reformas» (1851) y «Observaciones sobre la rotulación de las calles de Palma» (1863), así como los constantes artículos en las revistas que dirige o donde suele colaborar. En la «Revista Balear» incluye dos escritos sobre la conservación de los monumentos artísticos: «Los males vienen de arriba» y «El arte y el oficio» (1874). En «Museo Balear», «El Claustro de San Francisco» (1876) que, según resume Alcover, constituye «una ardorosa defensa de la Comisión de Monumentos de Baleares, que él presidía desde 1869, sobre lo que había hecho o dejado de hacer para conservar aquel famoso claustro gloria de Mallorca y soberana maravilla de la arquitectura ojival». En el «Bolletí de la Societat Arqueològica Lul·liana», «Manifestación de lo últimamente ocurrido en la Comisión Provincial de Monumentos» (1892), sobre una pretendida reforma de la palmesana Casa de la Vila, y «Dos contestaciones de la Real Academia de San Fernando» (1893), insistiendo sobre el mismo tema.

No es mala cosecha ésta. Porque lo que denota tan larga lista de folletos y artículos periodísticos es que a lo largo de cuarenta años no cejó ni un momento de manifestar lo que pensaba y de hacer partícipes a sus conciudadanos de los argumentos en que se apoyaba para tan ardorosa defensa.

Su labor, sin embargo, no se detiene ahí. Sus constantes gestio-

nes las dirige a Madrid, donde se legisla para toda la nación, de donde proceden decretos y órdenes y donde se arbitran fondos indispensables para acometer las reformas que pueden salvar del abandono a edificios y monumentos que deben ser conservados. Estas gestiones las materializa a través de instancias y escritos oficiales, pero también -y aquí entra la utilización de su amigo Menéndez Pelayo, como es fácil comprobar a lo largo de esta correspondencia- por intermedio de amigos y correligionarios, a los que acude una y otra vez en demanda de que la Administración no deje en el olvido y atienda debidamente lo que se le pide desde Baleares.

Cuando en 1882 dirige la primera carta al joven Marcelino ya lleva sobre sus espaldas un largo historial de actuaciones y súplicas sobre tales temas y nada le dice por escrito a su reciente amigo, quizá para no importunarle. Pero a medida que crece la confianza entre ellos y toma fuerza la personalidad de Menéndez Pelayo en el mundillo político de la Corte -no digamos cuando, además, ostenta la representación política de Baleares- sus misivas se convierten en una larga lista de recomendaciones, petición de avales, comentarios, súplicas y escepticismos en torno al tema que quizá más le preocupó a lo largo de toda su vida pública.

Cuando Quadrado escribe la segunda de sus cartas (marzo de 1883) se disculpa, de la tardanza de meses en contestar, con estas palabras: «Tareas han sido y atenciones de archivero, que no falta de salud a Dios gracias, las que me han impedido todo este tiempo escribir cartas y lo que es peor acometer trabajo alguno histórico o literario de los que a porfía reclaman su turno». Actividades, pues, que le absorben y que no le dejan siquiera dirigir escasas líneas a uno de sus correspondientes más entrañables.

En junio de 1884 (Menéndez Pelayo es diputado por Palma) ya le ruega que realice un encargo en su nombre y las palabras que desliza son reveladoras del estado de ánimo que le embarga: «Estoy francamente aburrido con tan absoluto silencio y abandono; si el archivero lo merece, que no pague la pena el archivo». Y aún acabará el párrafo con una muestra más de la desconfianza que le invade respecto a la efectividad de sus trabajos: «V. lo verá: lo de San Francisco se quedará así: pasarán nuestros amigos por el poder sin dejar una huella de su paso. Qué lástima! y qué responsabilidad!» Ya ve

defraudadas las esperanzas que había depositado en que el triunfo de los conservadores repercutiría positivamente en la solución que solicita. Su experiencia como miembro de tantas comisiones le empuja al escepticismo. Ya lo ponía de manifiesto años atrás cuando, en el volumen dedicado a la región aragonesa, deslizaba estas líneas al describir una iglesia de Huesca: «¿Logrará su objeto de restaurar el claustro monumental de San Pedro alguna de estas comisiones artísticas sin protección ni fondos, cuya formación es el achaque del siglo XIX, y el único estéril homenaje rendido a lo pasado por nuestros gobernantes?»

No vamos a continuar aquí con la relación detallada de los dimes y diretes, con las encomiendas y servicios que solicita, con las lamentaciones y desánimos que desahoga en su amigo, puesto que la puntual y completa referencia la hallamos en las mismas cartas que incluimos y anotamos. Pero resultan harto significativos detalles como los presuntos comentarios malévolos de Menéndez Pelayo (que éste se apresura a desmentir) o la calificación de «paciencia ejemplarísima» que aplica al tenaz Quadrado. No sabemos si la intervención del santanderino fue, a la postre, realmente efectiva, pero al menos fue su valedor en la Corte y a él se aclama como paño de lágrimas.

El ansiado prólogo de Menéndez Pelayo

La confianza recíproca que ambos se han otorgado desde el momento en que establecen contacto epistolar es aprovechado por Quadrado con frecuencia en solicitud de atención para los libros que salen de su pluma en este tiempo. Muy especialmente es requerido el santanderino para que presente informes en la Academia de la Historia sobre volúmenes de investigación que publica, sin que haya constancia a través de estas cartas de si realmente llega a emitir sus dictámenes el amigo Menéndez Pelayo, lo que no debe extrañar teniendo en cuenta la cantidad de juicios que le son pedidos. Los conocidos han sido recogidos en las Obras Completas (Varia II, págs. 247-253), pero en una nota dice Sánchez Reyes que a pesar de minuciosas pesquisas en los archivos de la Academia no

se han encontrado más que los recogidos allí: muchos otros fueron dados de palabra.

Es precisamente en el tiempo en que el ciudadelano anda manobrando para que atienda a su edición del estudio «Islas Baleares», cuando le ofrece como alternativa -si no le apetece ocuparse de este trámite- el redactar el prólogo que guie a los lectores del tercer tomo de sus Ensayos. Dado el prestigio de que gozaba su amigo -que se hallaba en la madurez más granada- unas páginas que le dedicara supondrían la recomendación más efectiva para sus trabajos y una contundente llamada de atención para los lectores, cuando en su soledad teme don José María que todos le han vuelto la espalda.

El anuncio de que accede a proporcionarle este aval público es saludado con alborozo por el autor menorquín y tal promesa le servirá de palanca para no cesar en sus recordatorios: en los meses siguientes le insistirá una y otra vez en la urgencia de disponer del original. Se ampara también en la exigencia de su editor, quien aprecia el tirón popular que puede suponer para las ventas el contar con una introducción de pluma tan ilustre. La constancia tuvo su premio, de lo que se deduce la viva simpatía que siempre había sentido por Quadrado, ya que si bien aceptaba gran parte de las peticiones que recibía, no siempre estaba en condiciones de cumplir con los compromisos a causa de trabajos ingentes y perentorios que se interponían en su camino.

Desde abril de 1892 a junio del año siguiente transcurren catorce meses, que se le hicieron eternos a Quadrado, pero que apenas son un soplo en la carrera desaforada de Marcelino por atender a todas las sugerencias intelectuales que se le presentan. Antes de tomar la pluma para complacer a su amigo debe quitarse de encima a sus propios editores que le exigen dé cumplido fin a las obras que tiene iniciadas. Una vez se ponga a escribir, las cuartillas saldrán disparadas de su mano, pero no es fácil hallar el momento para redactar la primera línea y, mientras tanto, rumia cuanto sabe sobre Quadrado a través de los esporádicos encuentros y la lectura sosegada y completa de cuanto ha escrito.

El cumplimiento del encargo se pospone casi de trimestre en trimestre (para el verano, primero; para finales de año, después;

para Pascua, más tarde; parece que en mayo ha dado comienzo su tarea) y don José María se impacienta hasta el extremo de suplicarle que «venga tal como está», porque no ignora la rapidez con que atiende sus trabajos y le parece imposible que lleve ya un mes en una exposición de circunstancias. Cree que tal demora no es sino consecuencia de la incapacidad de Menéndez Pelayo para presentarle de forma brillante, porque haya descubierto que tampoco el personaje merece mucho la pena («Desengáñese V., los que ofrecen menos que decir, son los que dán más que hacer; cuanto más chico es el santo, más difícil es el sermón»).

Ignora en aquellos momentos el impaciente anciano que Marcelino no ha pretendido salir al paso con un escrito de circunstancias y se ha planteado redactar un completo estudio de la personalidad y la obra de su amigo, una pieza verdaderamente única en su bibliografía. No son apuntes para cubrir las apariencias, sino un profundo ensayo que demuestra bien claramente el filial cariño que le profesaba y que ha quedado como la primera y más competente explicación de cuantas se le han dedicado.

El mismo Quadrado no cree posible que su amigo en la distancia se haya tomado tan en serio la petición que un buen día le formulara y se queda extasiado al recibir el primer mazo de cuartillas con que le obsequia («Ya no digo: *sat prata biberunt*; fluya esta vena inagotable»), porque le parece un regalo esplendoroso el chorro de ideas y sugerencias que su obra ha despertado en el otro. ¿Cómo aquella celebridad le tiene en tanta consideración y, con tantos saberes como posee, encuentra motivos de reflexión en una obra que él ya juzga vulgar y sin atractivos?

Era el mejor regalo que podía recibir don José María en su vejez. Hemos aludido anteriormente a la frustración que le producía el sentirse apartado de los centros de decisión: escribiendo sin cesar, pero sin percibir el eco que despertaban sus gritos, mientras que en los años juveniles -cuando posiblemente se supiera más falta de preparación y de documentación- todo eran plácemes para sus trabajos y artículos. De esta somnolencia y decaimiento vino a sacarlo el prólogo de Menéndez Pelayo, a quien confiesa en un rasgo de humildad: «Vergüenza me da el verme objeto de tanto despilfarro de caudal y de tiempo preciosísimos...» Pero quizá no sean

sino disculpas a toro pasado, porque ya está en su poder tan goloso original. La satisfacción que embarga al homenajeado es fácil de rastrear, tanto en sus cartas como en las de sus amigos, que recogen detalles conmovedores.

Bien puede decirse que este prólogo le supuso una honda fuente de gozo, quizá el más profundo que le brotó en los años seniles, cuando intentaba trabajar con el empuje de siempre y llevó a término obras muy logradas, pero en los que se vió obligado a luchar y hacer frente a los contratiempos que se le presentaban, tanto por su estado de salud como por los achaques de la esposa y las dificultades intrínsecas a los trabajos y a la recepción que deseaba para ellos. Menéndez Pelayo tributó con sus cuartillas un acto de justicia, pero más que eso: una impagable demostración de cariño a quien intensamente lo estaba necesitando.

Dolencias del cuerpo y del alma

En una edad bien temprana se fechan las primeras composiciones poéticas de Quadrado (a los catorce años publicó un himno a la futura Isabel II, con motivo del juramento como Princesa de Asturias) y la muerte le sorprende casi con la pluma en la mano, con la tinta fresca de sus últimos trabajos como historiador y archivero. Pero los años postreros constituyen una lucha tenaz para superar los achaques que le aflijen, sin dejar por un momento de continuar su obra intelectual y erudita. Otro personaje que no tuviera su entereza o su confianza en los dones de que estaba dotado, se hubiera rendido pronto. Don José María, sin embargo, se muestra combativo contra su propio dolor y desazón hasta el último momento.

Al conocimiento de lo que, en este sentido, fueron los años terminales de su existencia, podemos llegar certeramente a través de estas cartas, puesto que no oculta a corresponsal tan entrañable los males que le atenazan. Enfermedades orgánicas, decaimientos psicológicos y dolencias anímicas de su cónyuge se suceden en tales años y las literarias frases con que alude a ello no pueden embozar el sufrimiento que hay detrás; pero a todo se sobrepone con dignidad, hasta que entregó su alma a Dios el 6 de julio de 1896.

En esta treintena de cartas hay una información bastante detallada de los estados de ánimo que invaden a Quadrado, al tiempo que hacen su aparición enfermedades orgánicas, cuyo enconamiento le llevarían a la tumba. Su lectura, casi un siglo después, nos produce la penosa impresión de ir asistiendo al declive del escritor, con el agravante de que él conoce los males que le afligen y poco puede hacer para remediarlos.

En varias de las cartas hay referencias a los estados depresivos que padeció en estos años y ya sabemos -por la extensión de tal afección en nuestro tiempo- que su acción es profundamente distorsionadora para el enfermo; sobre todo si éste se encuentra volcado en una actividad intelectual, para la que siempre se precisa paz y sosiego. Quadrado aludirá en una ocasión a una «porción de contra-tiempos» que le estorban y que, «si no graves, espantan a las Musas como un estornudo» (30 de diciembre de 1884). Lo curioso del caso es que, a continuación de tales confesiones, detalla a su amigo las tareas en las que trabaja con una constancia benedictina y que dan idea del temple moral de que se revestía para hacer frente a las dificultades.

Por el tiempo en que emprendió la revisión del volumen «Mallorca» de Pablo Piferrer (que, como sabemos, se transformará en la espléndida obra «Islas Baleares») atraviesa temporadas en que los ánimos decaen como gráficamente expresa a Menéndez Pelayo: «No es creíble el modo como vivo, apremiado por cualquier bagatela, y como se me vá una mañana entera en escribir una carta, andando jornadas de liebre a paso de hormiga» (3 de mayo de 1888). Y un año después le encontramos en situación tan lamentable como la anterior: «Una palabra de aliento por compasión a este destajero -le suplica-, que arrastra por un erial su pesada carga sin divisar el término ni lo que es peor el provecho de su jornada!» De este tenor hay abundantes muestras en sus cartas y, al final de su vida, cuando ya son las dolencias orgánicas las que le tienen postrado, también se encuentran referencias a su abatimiento: «Hácame levantar cabeza del letargo en que me tienen sumido achaques y tristezas...» (28 de mayo de 1895).

Uno de los factores que contribuyeron al desánimo que acabamos de documentar es la situación anímica de su esposa, doña Rosa

Morell y Creus (con la que se casó cuando tenía casi cincuenta años y después de meditar durante mucho tiempo sobre la conveniencia de ingresar en el estado sacerdotal). La salud mental de su mujer -harto trastocada- influyó seriamente en la falta de sosiego que toda persona necesita para trabajar y para vivir y así lo da a entender en sus cartas.

En noviembre de 1891 le relatará a su corresponsal que su hermana política ha padecido una larga y penosa enfermedad de la que ha fallecido y, a pesar de que ha transcurrido casi un año desde entonces, «véase sumida mi esposa en tal amargura, que por milagro me queda serenidad para mis tareas». Unos meses después es más explícito al decir que «halla... en el hogar doméstico la soledad absoluta aparte de los ayes de una esposa desolada a quien el dolor tiene trastornada casi la cabeza». Con algunas alternativas de temporal mejoría transcurren estos crueles años.

Esa tribulación doméstica, «la más fiel que en mi larga vida he probado», le afecta vitalmente (como no podía ser menos en una persona que se encuentra muy unido a su mujer) y en un momento dado le hace exclamar: «Ratos hay en que mi espíritu flaquea».

A todo esto hay que sumar los achaques que la vejez le impone y que van apagando sus fuerzas de forma lenta, pero irremediable. En un par de ocasiones alude a que hubo de ser sangrado; la primera de ellas en 1890 (lo atribuye a la impresión que le causó el enterarse de la muerte de su amigo del alma, Vicente de la Fuente) cuando se le presentó «algún desorden de palabras en la lengua y de letras en la pluma». Casi cuatro años después tuvo que recurrir a la misma práctica quirúrgica, aunque su interpretación sea entusiasta en exceso: «Brios no faltan y aún sobra sangre, pues un día de éstos me sangraron; fue al parecer sangría de salud».

Lo que viene después se detalla en las dos últimas misivas (Cf. cartas 30 y 31): abatimiento, inapetencia, envaramiento de una pierna... hasta llegar a la «pulmonía estática» que, según la partida de defunción que se extendió en el Registro Civil de Palma, fue la causa del óbito cuando acababa de cumplir los setenta y siete años de su edad.

Prácticamente todo el tiempo que dura el correo con Menéndez Pelayo corresponde al ocaso físico del eximio escritor -como acaba-

mos de precisar- y él mismo lo sentía así con el pesimismo que le fue caracterizando en esta época. Cualquier gloria o distinción que recibe la considera «póstuma» y en una ocasión se califica como «sobreviviente solitario». Su voluntario apartamiento de la Corte le ha hurtado el reconocimiento de las nuevas generaciones y ahora se siente desplazado, después de haber tenido épocas de activa presencia en el centro donde se toman las decisiones y se expanden las famas.

«Muchísimas gracias por tanta honra -le escribe a Marcelino-, que atendido el tiempo, resulta casi póstuma» (1888). «Debo oler a muerto cuando hoy cabalmente se ha publicado en la Almudayna mi oración fúnebre», calificando de esta manera el artículo que le ha dedicado Miguel de los Santos Oliver (1892). El entusiasta prólogo a sus Ensayos recibe por dos veces el calificativo de «oración fúnebre», también.

Atroz pesimismo que viene siendo gestado en la mente de Quadrado por la idea, prácticamente obsesiva, de que cuanto escribe no despierta ningún interés entre el público culto ni, sobre todo, entre los escritores de prestigio en Palma, Barcelona o Madrid, que apenas se ocupan de ello en los periódicos, en las Academias o en los grandes foros de discusión. Lo expresa gráficamente cuando alude a que en 1890 le jalearon sus paisanos con motivo del cincuenta aniversario de la aparición de una revista tan importante como fue «La Palma», pero a partir de entonces le han declarado «no póstumo pues en este caso hablarían, sino apócrifo cuanto posteriormente he publicado...» (enero de 1892).

Quizá este anhelo de que se hable y se glosen sus escritos viene motivado, no por la convicción de que son mejores en relación con lo que fue saliendo en las décadas anteriores, sino porque le son más queridos, dado el esfuerzo empleado en su redacción. Tales ensayos, concebidos y desarrollados contra viento y marea, en medio de innumerables dificultades de orden anímico como hemos señalado y lejos de la facilidad intelectual con que otros vieron la luz, son sus hijos más queridos y desearía que todos los contemplaran con el mismo cariño que a sus ojos merecen.

De ahí proviene, a nuestro juicio, este escepticismo rebelde que convierte el menor aprecio a sus libros en un menosprecio a su persona.

Una amistad para toda la vida

Si hay una serie de cuestiones que les acercan (como son la afinidad intelectual, la entrañable amistad que les une con la marquesa viuda de Viluma, el amor que ambos sienten por la atrayente figura de Ramón Llull, esos «lazos de fe, convicciones y sentimientos» de que habla Quadrado en su primer contacto escrito), llegará un momento en que establecen el contacto epistolar y, a partir de ahí, parecen casi dos hermanos (o abuelo y nieto, si se quiere).

La relación es afable, cordial, sincera, honda. Da la impresión de ser fruto de una íntima convivencia y, sin embargo, no se han visto nunca. Cuando se encuentran en Palma o en Madrid, en no más de dos o tres ocasiones a lo largo de toda su vida, disfrutarán tan sólo de unas horas de dulce coloquio y, probablemente, acompañados por otras personas. Y, a pesar de vivir en una sintonía tan acusada, jamás se apearán el tratamiento: hasta en la última carta, después de las más de treinta que Quadrado le dirige, el «usted» estará en su pluma como la forma más elegante y amable de dirigirse a un amigo treinta y siete años más joven.

Pero el aprecio que sentían el uno por el otro es fácil percibirlo en el tono o en las palabras que se deslizan en sus misivas. Quadrado recurre a Marcelino cada vez que tiene un problema, insiste una y otra vez cuando desea un prólogo para sus ensayos (honor que pocos contemporáneos alcanzarán) o simplemente le pide un juicio sobre cada nuevo libro o artículo importante que escribe (como los niños o quienes más se les parecen, los ancianos, que sin palabras piden un mimo).

Menéndez Pelayo, por su parte, que ya está en plena gloria literaria y social, distingue a don José María con honores desusados: sus cartas son constantes y algunas extremadamente largas; a veces le envía dos sin recibir contestación; pregunta siempre por él a su amigo Estelrich y le pide que urja nuevas cartas que se apresta a responder; no le olvida nunca en su correspondencia y, al final de la vida del ciudadelano, le regala esa larga introducción con que juzga sus libros y que constituye un profundo análisis de lo que representa en la historia literaria y que, por desgracia, tiene más presencia ahora que la propia obra de Quadrado.

Son curiosas las relaciones entre éste y Menéndez y Pelayo, sobre todo en la última época. Si bien el empuje arrollador de Marcelino hace que su figura se sitúe por encima de Quadrado, le tiene un enorme respeto, como a un patriarca: lo que por su edad, conocimientos y experiencia merece. Quizá le admira tanto porque ve en él al prohombre al que siempre quiso parecerse. Quadrado, por su parte, se da cuenta bien pronto que el joven Marcelino llega con una fuerza arrolladora y que representa la sabiduría y la viveza intelectual a la que él aspiró desde su más tierna edad. El respeto con que es tratado y las amabilidades con que le distingue, en una época de su vida en que tanto lo necesitaba psicológicamente, hace que se añe un poco en sus relaciones con Marcelino. Antes hemos utilizado el símil de abuelo y nieto y quizá sea la forma más fácil de expresar el lazo que les unía.

En este trabajo hemos intentado situarnos ante las cartas de José María Quadrado dirigidas a Marcelino Menéndez Pelayo para obtener de ellas toda la información que pueden ofrecernos sobre los dos eruditos, especialmente sobre el querido escritor menorquín. Es, pues, un análisis exhaustivo de tal epistolario, inédito hasta que hace poco lo publicó Manuel Revuelta Sañudo, con notable acierto y conocimiento, entre la ingente correspondencia de Menéndez Pelayo, que ocupa veintidós tomos.

El sentir más recóndito de los hombres de letras, más que en sus ensayos y obras de creación, se manifiesta con frecuencia en estos escritos, cartas y notas, no pensadas para la publicidad sino para la comunicación personal e íntima. Allí se abre el corazón a las preocupaciones que les corroen, a sus manías y obsesiones, a sus esperanzas y desengaños: a su ser más hondo, en suma.

Un estudio tan detallado de la correspondencia de José María Quadrado -como la publicación y revisión de absolutamente toda su obra- es un paso imprescindible para abordar una completa y rigurosa biografía que una figura tan ilustre como ésta demanda desde hace mucho tiempo.